La miseria como factor de la delincuencia infantil

(Degeneración racial)

Por JULIO NOGUERA LOPEZ
Profesor de Anormales. Del Estado y del Ayuntamiento de Madrid.

Recordemos

Señores:

Recordemos: Fué en una reunión de Los Amigos del Niño donde al discutir mi ponencia "Defensa de la Raza" surgió, a propuesta mía, la idea de organizar una información científica capaz de reflejar el estado de los estudios eugénicos en España.

Recordaba yo los esfuerzos del benemérito Madrazo y el sustancioso libro de Luis Huerta; sabía cómo el tartufismo ensoberbecido y monopolizador de todos los resortes del Poder impedía, por medios reprobables, el que de tal asunto se hablara; informado estaba de la inquietud mundial con que los estudiosos se aplicaban fuera de aquí a considerar en formas y aspectos variados el gran tema, donde la ciencia del bien y del mal se oculta, y es fuerza penetrar con soluciones salvadoras para la Humanidad y su prole.

No temí entonces ni al ridículo ni a las persecuciones; hablé con honradez sincera, y prosperó la idea gracias al grupo de hombres de ciencia que en *Gaceta Médica Española* dieron forma al pensamiento y ejecución al plan.

Es así como nació el Primer Curso Eugénico Español que todos recordáis, y del cual, abortado por el cerrilismo de aquel cardenal Segura y de su acólito Alfonso XIII, renace floreciente éste, alarde de independencia, que representan las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas.

Fué, no lo olvidemos, en la clausura arbitraria de aquel curso, cuando la juventud universitaria sintió en el rostro el chasquido del látigo

del dictador, y fué a partir de aquella famosa R. O. que el mundo científico denomina *la de los "regodeos pornográficos"*, cuando la rebeldía estudiantil se manifiesta y no cesa hasta derrocar el régimen, sosteniendo choques sangrientos como el del 25 de marzo de 1931, que es preciso recordar en mármol y oro en estos muros ametrallados por los edecanes de aquellos reyes, que al fin tuvieron que huir cobardemente de la España, repudiados, maldecidos. Degenerada familia de hetairas y luéticos, ¡lejos, lejos de nosotros! ¡Cogullas intolerantes que bendecíais las miserias del perjuro, bien idos seáis!

La juventud recogió la semilla fecunda del Primer Curso Eugénico, y es la que da vida a esta siembra más amplia, de unas Jornadas sin precedentes en el mundo. Por su deserción cobarde murió la Sociedad Amigos del Niño; por su resistencia viril y leal ocupa puesto de honor en la organización de estas Jornadas *Gaceta Médica Española,* que con la F. U. E. y con la recién nacida Liga para la Reforma Sexual nos preside y congrega.

¿Lograrán ahora los escandalizados de entonces, que con su incomprensión escandalizaron al mundo, dar también al traste con el nuevo intento?

Ya se mueven, ya maniobran, maquinan ya, en la sombra, siempre enemigos de la luz; pero la juventud no retrocede, y alerta vive, pronta a imponer silencio a los cobardes que nos escupieron insultos cuando maniatados y sin defensa nos tenía la censura incivil del absolutismo alfonsino.

Los tiempos han cambiado, y nadie se asusta de la verdad. Podemos gritarles: Preparaos a perderlo todo por vuestro egoísmo feroz, si no sabéis guardar prudente silencio. Ahora a nosotros nos corresponde hablar. Mediten ellos la frase más repetida de sus evangelios: "Los que sepan oír, que oigan; los que sepan entender, que entiendan." Que nosotros perdonamos, pero no olvidamos.

Exposición del tema

Con premeditado propósito quiero huir del tono retórico en esta mi intervención en el cursillo sobre Patología del trabajo y de la miseria, que la benevolencia y bondad de las ilustres personalidades que han de desarrollarlo me hacen inaugurar, anticipando la fecha en que se anunció mi conferencia, y que además me fuerzan a presidir, enalteciendo en mi modestísima persona al maestro de escuela, del que pretende hacer figura relevante la República.

No es un orador el que os habla; es un arador, un obrero sin toga y sin muceta, con blusa en la que el trabajo fué produciendo desgarrones y el apaño de la pobreza poniendo remiendos. Perdonadme si mi voz tiembla al verme ocupando el sitial de los doctos, y disimulad mi turbación cuando considero lo que representa de cambio en nuestra ideología y en nuestras costumbres académicas el situar aquí como primero el que siempre fué el último de los últimos.

Mi intervención en estas Jornadas ha de tener un carácter práctico, al estudiar *La miseria como factor en la delincuencia infantil;* ello es lo que cuadra a mi condición de pedagogo, ello es lo que exige el deseo de información que aquí os ha congregado.

Tomo, pues, fichas de mi archivo para que conozcáis casos, y libres debo dejaros para deducir y basar teorías o sistemas, para aplicar la mente y el corazón a la busca de soluciones a males que por fuerza he de apuntar.

El anormal que todos contribuímos a hacer

En el desfile de casos que habré de presentaros, vais a conocer el tipo del asilado, vivo y lacerante, que con indignación de muchos hube de presentar ante el X Congreso Internacional de Protección a la Infancia, para dar idea de lo que son nuestros mejores asilos en España.

El caso fué traído a mi clase como prototipo de alumno difícil y del que poco o nada cabría esperar. Entrapajado venía y con descalabraduras importantes, tapado un ojo, acardenalado el rostro, las espaldas, todo el cuerpo. Sus declaraciones no pasaban de monosílabos dados a las preguntas, caprichosamente, sin fijeza alguna, carentes en absoluto de consecuencia y buen sentido.

Los otros niños, con rara unanimidad, le acusaban como el más malo de la casa, diciendo: Sólo sabe tirar piedras, "hacer cochinadas", pellizcar o clavar la pluma estando en la escuela, robar, blasfemar, insultar, "mentar la madre". Es un cobarde, un mal bicho.

Aguantando la malquerencia de todas las gentes de aquel establecimiento que llaman benéfico, donde en mezcolanza absurda andan revueltos o en montón cientos y cientos de asilados de las más opuestas edades y de las más bajas procedencias, andrajoso, sucio y apestando, con una incontinencia de orina que lleno de excoriaciones y rozaduras le tenía, J. R., nuestro caso, buscaba siempre la intimidad y el trato de los demás, prefiriendo los más altos, fuertes y rudos, entre los cuales hombreaba fumando colillas y haciendo manifestación de su egocentrismo

morboso, con payasadas risibles, gestos y ademanes, que acompañar solía con actos deshonestos y palabras obscenas e injuriosas, motivadoras de frecuentes vapuleos, encierros y castigos, muchas veces consistentes en la privación total o en considerable merma de las comidas.

Observado en su salvaje libertad y en uno de aquellos días en que se nos escapaba al bosque, lo vimos entregado a ejercicios y juegos destructores, con intervalos de ruidosa alegría, que fueron seguidos de impulsividad acometedora, histérica o epiléptica tal vez, en la cual desgajó ramas, se revolcó en el césped y lanzó piedras a unos muchachuelos que de lejos miraban y se reían. Maltratado por ellos, de su boca salían voces y dicterios insultantes en el más alto grado, lo cual hacía redoblar la furia de los ofendidos, que le golpeaban sin compasión; J. R. se defendía mordiendo como perro rabioso, torpemente, sin llorar, sin dejar escapar un ay, sin derramar una lágrima.

En lo más recio de la pelea, arrojado al suelo, vimos cómo sus manos, hurgadoras con ademán de procacidad nunca vista, se daban a una acción por demás obscena, a la vez que, con la palabra y con el gesto, mostraban al vencido más provocador y altanero que nunca. Era indudable que el dolor le sobreexcitaba hasta producir el orgasmo, caso raro de sadismo o psicopatía sexual, sin precedentes de su edad (doce años) en nuestra casuística de anormales.

Suficientemente advertido el médico, le hizo objeto de un detenido examen, no siendo posible precisar alteraciones funcionales notables, ni anomalías constitutivas dignas de mención. Como estigmas degenerativos en un detallado estudio somático, se acusaron solamente pequeñas asimetrías faciales y craneales, y ligerísima hipertrofia en los tejidos nasofaríngeos.

Por indicación del médico, cuya colaboración reputamos indispensable para toda discreta intervención en el tratamiento pedagógico o psicoterápico de los anormales, comenzamos a obtener la curva térmica, que a plazo largo permitió comprobar algunas coincidencias interesantes. Los períodos de gran sobreexcitación en que las *fugas* eran frecuentes, coincidían con una apetencia voraz de alimentos y elevación de su temperatura en poco más de un grado sobre la normal; luego se producía un descenso rápido, alcanzando mínimas de 35°,7, unidas a intensa disentería con estados de somnolencia, amodorramiento y pereza, en los cuales resultaba muy difícil hacerle hablar.

Dos meses llevábamos observando sus fluctuaciones térmicas, cuya correlatividad con las pulsaciones el mismo médico tenía buen cuidado de comprobar casi a diario, cuando uno de los períodos de máxima in-

quietud o sobreexcitabilidad extrema culminó en altísima fiebre, delatora de un estado alarmante y con todo el cuadro sintomático o síndrome de extraña pero indudable intoxicación. "¡Si come todo lo que pilla, aunque sean basuras", afirmaron los que bien le conocían. Y entonces alguien refirió que, por apuesta, para ganar los cuartos que se le ofrecían y aun por hacer gracia, comer solía los detritus que arrojados eran al muladar y hasta sus propios excrementos.

La boca y las narices se le llenaron de llagas; le supuraban los oídos; la cara y el cuerpo se cubrieron con una erupción muy semejante a la urticaria, y más de una quincena se sostuvieron las temperaturas altas y los desarreglos intestinales, presentándosele además reflejos cerebropáticos que le daban todo el aspecto de un delirante. Vestíase al menor descuido y se escapaba de la enfermería para venir a rondar por los lugares donde dábamos clase al aire libre entre los pinos; pero el mal le rendía, y tumbado bajo un árbol se quedaba, hasta que los enfermeros o nosotros lo recogíamos medio muerto. Hubo que encerrarlo y que amarrarle a la cama para evitar sus escapatorias.

Al mes de encierro y obligado reposo, sin medicación alguna, J. R. parecía transformado, de blanco, limpio, lucido y grueso. Comía de todo, con gran apetito y en cantidad considerable; su mirada, aunque algo inexpresiva, acusaba destellos de inteligencia y pasaba el tiempo trenzando espartos o lanas de colores, recortando y pegando en cartulina muñecos de papel, con los cuales jugaba alineándolos en muy diversas formas y modelando con cera, que en un principio intentó comer y a la cual tomó repugnancia, gracias a la enorme cantidad de acíbar que fundida le habíamos puesto.

Había ratos en que distraído en sus juegos canturreaba, o colocando las sillas en fila como las unidades de un tren, imitaba, sentado en la primera, el silbido de la locomotora y el trepidar de las ruedas en marcha vertiginosa. Notamos que agradecía nuestra visita y gustaba de la conversación, que sostenía sin atreverse a fijar en uno la mirada. Entonces nos decidimos a formar su ficha psicopedagógica, en la cual, además de la medida mental Binet-Simón, que para precisar más comprobamos por el método de puntuaciones Yerkes-Bridges, incluímos las apreciaciones métricas de la atención y el juicio, especialmente hechas por los reactivos de Kraeppelin, Toulousse y Vermeylen.

Por estimarlo conveniente para la exacta apreciación del caso, incluímos en aquel trabajo la fotografía tomada entonces y con la cual se encabezó la ficha, agregando algunos resultados sintéticos que se obtuvieron de su observación y examen.

"Con relación a *doce años de edad cronológica se hallaron cinco años y medio de retraso mental,* 0.57 de la atención normal (promediados los resultados Toulousse, Kraeppelin y Reich), con muy escaso límite o umbral de juicio crítico y, reuniendo éste, considerado en su aspecto general, las características de precipitación impulsiva, resolución habitualmente ligera por no tomar suficiente tiempo para la observación y producción de inquietud a todo intento de atención sostenida; caracteres todos que se apoyaban mutuamente para el diagnóstico en firme de la inestabilidad mental por histerismo (1), a que habíamos llegado por diversos métodos de exploración, investigación y observación, el médico, el psicólogo y el pedagogo."

En el laboratorio psicopedagógico se apreciaron tardas reacciones correlatoras de los actos sensitivomusculares, zonas de sensibilidad táctil casi abolidas, debilitación muy notoria del gusto y del olfato, compensada con gran agudeza visual y acústica; sentido de orientación supernormal y dinamometría de subido valor. De índice vital abundante, con crecimientos sintéticos de peso y talla perfectamente encuadrados en la curva normal de los niños españoles (2) de su edad cronológica, presentaba un tipo fisiológico excelentemente conformado para una vida duradera.

Pedagógicamente, su instrucción resultó por demás anacrónica y desigual. Sugestionado por la repetición absurda durante años y años de ejercicios caligráficos, siempre encuadrados en la malla de los pautados y siempre iguales, nuestro caso no acertaba a escribir sobre el papel, con la pluma, otra cosa que palotes y ganchos; pero libremente, con un lápiz o con un yeso, en la pared, se daba buena maña para poner nombres y figuras tan indecentes como solemos hallar en los urinarios públicos, donde J. R. había aprendido a escribir con más recto sentido pedagógico que en la escuela, durante cinco cursos consecutivos con monjas.

Contaba mal en cuanto pasaba de veinte, pero leía bien las cantidades inferiores a ciento y con gran presteza escribía los números copiando las cuentas que hacía su compañero de mesa, a fin de engañar al profesor. Su lectura no pasaba de ser subsilábica y estaba habituado a

---

(1) Véanse: Feer. "Enfermedades de los niños". Capítulo III, párrafo 8.° Binet. "Les enfants anormaux, Ch. II, Portrait psichologique de l'inestable".— Freud. "La Histeria".

(2) Véanse: Samper. "El crecimiento en talla y peso de los niños españoles", ficha para llevar las observaciones sobre un niño, en relación constante con la normal o media.

restregarse los ojos y toser para dar la sensación de que le resultaba muy difícil continuar por mucho tiempo. También sabía decir "de retahíla" páginas enteras de varias cartillas y catones, repitiendo en sonsonete "cancamurriesco" cuanto del Catecismo se canta en nuestras escuelas, pero sin razonar nada, sin comprender nada.

Visto el caso a tan buena luz como se había enfocado, volviósele a la vida ordinaria por no ser posible, según los reglamentos y prácticas de nuestros asilos, su permanencia indefinida en la enfermería, pero tanto el médico como el maestro, continuamos el tratamiento ya iniciado y que resultados tan halagüeños venía dando; consistía éste en procurar una serie de sugestiones de sentido positivo o afirmativo que tendían a lograr en él un convencimiento pleno de su propio valer, de su propio poder, de su propio prestigio y dignidad. No se consentía a nadie la afirmación de que el niño era malo, se le autorizaba para defender por sí mismo su buen nombre, pero discretamente, sin perderle un momento de vista.

No pudimos conseguir que en su alimentación se estableciera un régimen especial, porque en los asilos del tipo cuartelero que padecemos, no caben, por lo visto, distingos para nadie, y alguna vez se pudo observar, por la excitabilidad y las elevaciones térmicas, los efectos toxémicos de las reincidencias coprofágicas, de las cuales fuimos apartándole por sugestiones de asco y teniendo siempre a la mano pan, caramelos y otras chucherías que le hacíamos ganar como premio a un trabajo más manual que mental.

Enorme interés científico tenía para nuestro estudio la obtención de datos ciertos sobre la herencia psicopática de J. R. Acaecimientos harto desagradables, que originaron a compañeros nuestros un apercibimiento por haber intentado establecer relaciones con las familias de los asilados, nos limitaron el campo a tomar los datos que el mismo niño podía proporcionarnos, pues que en las casas benéficas, de éste y otros aspectos fundamentales, nadie sabe más que lo anotado en los casilleros de un libro rayado que quedan muchas veces en blanco.

J. R. sabía que nunca había visto a su padre.—¡Psch! ¿Qué sé yo?—decía—. Habría muerto, como otro niño que tuvo mi madre y al cual *le entró un ataque a la cabeza cuando era pequeñín*. Para nacer le llevaron a Zaragoza, con unas tías y con su abuela, que luego murió. Allí las pasó negras, agregaba. Hambre, mucha hambre. Entonces le trajeron a Madrid, donde su madre tenía muchos amigos, uno de los cuales, hijo de una marquesa, consiguió meterle en el asilo.

De su madre hablaba con entusiasmo, con cariño, con una emotividad que nunca habíamos podido conseguir de él, tan insensible e inexpresivo de suyo. No podía venir a verlo al asilo, pero él iba allá siempre que le dejaban salir. Más de una vez, por escaparse a verla, había sufrido castigos; en una ocasión, quisieron echarle del asilo.

Ella era guapa, ¡más buena!... Le daba muchos besos y cuartos para el cine. Cuando fuera más grande, cuando pudiera trabajar, viviría a su lado. El domingo anterior le había comprado un balón de reglamento, porque estaba contenta, porque le veía limpio, porque sabía que era bueno.

Estaba de camarera en un hotel de la Puerta del Sol. *Los señoritos marqueses, duques, amos todos de automóviles,* eran amigos de ella; se la llevaban de paseo y le daban propinas grandes; pero... ¡eran tan sinvergüenzas los señoritos!

Aquella exclamación reveladora, que acusaba tan profunda meditación y claro juicio, hizo un punto vacilar nuestra fe en el valor de los "tests" empleados para mediar la madurez mental de J. R. El rosicler del rubor en su rostro y el titubeo vergonzoso de su mirada, nos descubrió un mundo de ternuras y valores morales insospechados en el alma de este desdichado. Desde aquel día procuramos reedificar con la acción, con la palabra y con el ejemplo, sobre las ruinas de aquel ente moral caído, pleno el convencimiento de que J. R. no era malo, ni tonto, ni loco; pero que la sociedad, con sus injusticias y sus equivocaciones, llevaba buena traza para hacerlo, para hacerlo y poder luego castigarle con el presidio, con la cárcel, con la horca... ¡Sadismo triste de una sociedad hipócrita organizada a base de egoísmos absurdos!

¿Verdad que el caso del *anormal que todos hacemos* ofrece fundamentos serios para pedir la reforma urgente de los orfanatorios, asilos y escuelas que aun padecemos?

Un gorrioncillo del arroyo

El caso de *Armejiya* quizá logre borrar la impresión de asco que produce el de J. R.

Es otro tipo el del gorrioncillo que vuela por calles y plazas picoteando donde puede.

¿A éste con asilos? ¡Bah, bah!

Ingresó en aquellas escuelas que organicé en los sótanos de San Francisco el Grande, allá, en enero del año 19.

Contaba a su ingreso con diez años de edad; era vivo como una

ardilla y a todo respondía con un encogimiento de hombros equivalente a un ¡qué más da!

Debía su apodo a la alcoba que se buscara cierta noche veraniega de calor y de parásitos inaguantable, entre unos cestos amontonados en las proximidades de la Plaza de la Cebada.

Yo visité la vivienda de sus padres. En tres habitaciones sin ventilación directa y con tres camas, hacían su vida dos matrimonios, todos de la misma familia, y que reunían cinco chiquillos, de los que el mayor era *Armejiya*.

De su ficha escolar tomo estas notas que nos pintan al muchacho:

Moreno, de mirada inquieta, labios finamente dibujados, nariz afilada y orejas grandes y disimétricas, presenta una desviación poco perceptible en su columna vertebral, que le obliga a levantar y adelantar algo el hombro izquierdo.

Del tipo braquicéfalo, con ligeras asimetrías faciales y craneales, tiene los ojos pequeños y hundidos, es delgado, pero su peso corresponde a su estatura y al índice vital, con medidas normales a su edad. Estas medidas, en los cinco años sucesivos, van desnivelándose progresivamente, dando menor coeficiente en la relatividad de estos datos y en función de crecimiento, primero, el índice vital, y después la estatura total por déficit en la parcial del tronco y cabeza.

No se registra anormalidad sensorial notable durante todo su período escolar; únicamente el tacto ofrece relativa dureza, que se acentúa más tarde hasta determinar umbrales muy inferiores, rayanos en la insensibilidad, precisamente en la zona donde la escoliosis se dibuja.

Las características de inquietud, intransigencia, agresividad impulsiva y una tendencia dominadora que le hace reaccionar violentamente contra la disciplina ordinaria de la clase, llaman la atención sobre este alumno desde el primer día.

Su madre nos dice que no han podido hacer carrera de él en ninguna escuela, en las que siempre "hizo novillos" o se escapó de ellas cuando era llevado a la fuerza. Hacia la nuestra siente afición porque juega libremente muchos ratos en la huerta y la profesora, Ana Valdés, le trata con especial cariño para atraerle, sugestionándole con la idea de que es aplicado y ha de llegar a ser el primero entre todos sus compañeros.

Prodigios de paciencia consume el tratamiento psicoterápico que se le sigue. Se actúa sobre este carácter con acción sedativa, dejando pasar, para corregir sus faltas, el momento de la impulsión que las origina, esperando siempre a la crisis energética que a todo impuso fuerte sucede, para razonar tranquilamente con él.

A toda reflexión correctora se une en cada caso la afirmación positiva de que no es malo, sobre todo si deja de ser arrastrado por el arrebato, y se convence de que todos le quieren y le querrían más si consiguiera vencerse. Al reaccionar se muestra emocionado, afectivo, confiado en sí mismo y deseando complacer.

Este primer período hasta finalizar el curso en el verano de aquel año, es interesante por el enorme progreso realizado. Lee y escribe con cierta soltura (guardo una carta en que amenaza e insulta a un compañero por haber sido distinguido en clase), comprende con prontitud y discurre con apasionamiento, dando, desde luego, más valor a lo imaginativo que a lo real; llega a dominar la técnica de las dos operaciones fundamentales del cálculo, aplica la numeración de enteros y decimales a los métricos de peso, longitud y capacidad, resuelve cuestiones monetarias y marca una aptitud fácilmente aprovechable al dibujo y al trabajo manual.

Observado este niño en las horas de recreo, resulta siempre capitaneando un grupo numeroso, al que impone su voluntad para elección y desarrollo de los juegos, siendo de notar que le siguen y obedecen los mayores en edad, estatura y fuerza.

Son sus juegos predilectos la persecución de bandidos por la Policía, tomando gestos y actitudes cinematográficas, y teniendo a gala, en el papel de perseguido, que nadie logre detenerle.

Jugando a esto un día en la plaza, cierto zagalón consiguió darle alcance; irritado, se tira al suelo y, forcejeando por escapar, le muerde hasta casi seccionarle un dedo. El herido, con los pies, le golpea el vientre y le ocasiona graves trastornos y larga enfermedad.

Le asiste don Enrique López de Jorge, y queda maravillado de la resistencia de este muchacho ante el dolor; y es que, según pudo observar, el enfermo está obsesionado y vive su papel de héroe perseguido. La madre afirma que delira, gritando: "No me rindo, no me rindo, no me rindo".

Cuando, restablecido, vuelve a la escuela, observamos que la "cinemanía" le impulsa a realizar hazañas peligrosísimas, por lo cual se prohiben estos juegos.

Quizá por esto, quizá porque al cambiar de clase cambió también de maestro y éste no acertó a poner en el tratamiento la misma delicadeza y atracción que la profesora, o tal vez porque la interrupción siempre larga y lamentable de las vacaciones, unidas al tiempo de su enfermedad, le hicieron perder los hábitos iniciados en el curso anterior, es lo cierto que volvió a las andadas, comenzando de nuevo su vida de "novi-

llero", "rabonista" o "pirandón de escuela", que de todas estas maneras suele llamarse a eso de vagabundear por las calles, en lugar de asistir a clase.

Contrariando nuestros deseos y en pugna con las instrucciones dadas, los padres recurrieron a la violencia para obligarle a una asistencia regular, lo cual no se logró y dió, en cambio, lugar a la primera manifestación de la "domofobia" (huída subconsciente del hogar), que la Policía, avisada por los padres, arraigó, con una persecución infructuosa.

Inútil resulta volverle al grado o sección de antes con la misma maestra; inútil presentarle estímulos y enviarle obsequios con los otros niños, que por las calles lo ven vagar noche y día; de nosotros se esconde y huye; nos manda a decir que teme ser sorprendido en la escuela y llevado a casa.

La profesora lo busca en los terraplenes de las Vistillas, lo convence y se lo trae un día; a los halagos y reflexiones—cuando él teme palizas—da señales de querer reaccionar, pero no puede y escapa en cuanto halla ocasión. Después se le ve larga temporada merodear por la Plaza de la Cebada y calle de la Ruda, arrastrando con la sugestión del ejemplo a otro niño de la escuela, llamado Manuel Delgado Marina, que maneja a su antojo para más complicadas raterías.

La madre sufre, el padre se desespera y el cuñado le persigue, amenazando con matarle donde le coja, lo cual le ahuyenta del barrio, y tan pronto se le ve ya en el Pacífico, como por los Cuatro Caminos, derrotado, sucio, flaco, melenudo, descalzo.

Cuando nadie le espera vuelve a su casa; escarmentados, allí se siguen mis consejos y nada le dicen de lo pasado. Tiene aire de despreocupado; quizá no se da cuenta de lo que ha hecho; falta en sus ojos la característica inquietud del atolondramiento, en él tan marcado siempre; mira con una naturalidad desconcertante.

Duerme, come, lo lavan, lo visten y me lo traen a la escuela; la maestra, muy cariñosa, ni se muestra sorprendida ni pregunta; cuando viene a pelo relata la parábola del hijo pródigo, cargando la mano al pintar la tristeza del padre, la mala vida, y luego el arrepentimiento del hijo, el regreso, la alegría de ambos, el olvido de lo pasado, el perdón. El niño, emocionado, llora, aun cuando directamente no se le alude; parece otro, pero a la tarde se escapa con la paleta de un viejo brasero de bronce que hay en la clase.

Y vuelta a la vagancia y al merodeo, y así muchas veces. En una de ellas sale de Madrid con una banda de gitanos, con los que llega hasta

la Mancha. Lo detiene la Guardia civil y se escapa, apareciendo por su casa cuando menos se le espera.

Asiste a la escuela un par de semanas y se nota que ha perdido la afición a sus juegos predilectos ¿Para qué, si ya los vive?

Es notorio que el retorno al domicilio y su presencia en la escuela coincide con épocas de agotamiento o crisis, en las cuales duerme mucho y se mueve con pereza.

La memoria de sus hechos se presenta borrosa y sin ordenación cronológica en los relatos que hace. Franquea los "tests de Binet" en las pruebas de memoria, sobre todo si se concede tolerancia en cuanto al orden de la expresión.

No se avergüenza ni parece darse verdadera cuenta de su responsabilidad; huye cuando hace mal, por espíritu de conservación, no porque conceptúe malas ni buenas las cosas.

Las raterías del chiquillo traen revuelta toda la vecindad. Un día entra en el cuarto frontero al suyo, y se lleva unos zapatos que olvida en el portal mientras aprieta la correa de los calzones para "volar". Entra en un cocherón y "se larga" con el reloj de un chaleco que ve colgado en la pared, el cual, vendido en el Rastro, sirve para que convide a golosinas. Roba dos melones en un puesto y los deja olvidados entre unas matas del jardín de la escuela.

La cleptomanía se acentúa, conforme la domofobia declina y se manifiesta una impulsividad, harto agresiva cuando se ve obligado a reaccionar en el sentido de su propia defensa.

Se cree hombrecito y quiere trabajar; lo meten de aprendiz en una barbería y se escapa con las máquinas de cortar el pelo, las que regala a un golfete.

El padre se propone no perderlo un momento de vista y lo coloca de aprendiz en su oficio; pero el niño ocasiona un tremendo disgusto, porque huye, después de vender a un trapero las chaquetas de los demás trabajadores.

Hay momentos en que se queda con los ojos abiertos, muy abiertos, como pensativo o ensimismado, quieto y ajeno a cuanto le rodea. Los otros niños dicen que es loco. ¿Qué ven en su mirada para temerle? Ninguno le contradice.

El doctor López de Jorge lo reconoce y en presencia de los padres formula su juicio:

—Se trata—dice—de un degenerado por herencia alcohólica. El padre, que es licorista, viviendo años y años entre barricas de aguardiente, aunque no ingiera gran cantidad de esas bebidas que dice le repugnan,

respira continuamente sus emanaciones en un ambiente saturado de alcohol volatilizado.

Afirma que en la degeneración influyen, probablemente, ciertas antecedencias específicas y gonocócicas que no es difícil señalar en la madre.

En la primera edad—comprueba haciendo con hábil interrogatorio la historia clínica—, aparecieron taras que al raquitismo fueron achacadas. Sus lloros con irritabilidad espasmódica indican ya alteraciones psicopatológicas, en que la ciclotimia, aunque difusamente, juega papel importante.

La edad escolar más estudiada nos ofrece un cuadro completísimo para diagnosticar por su síndrome la hebefrenia o locura precoz. En ella la sugestibilidad cinematográfica, anotada la oicofobia y la cleptomanía, quizá no sean causales, sino ocasionales, como reacción contra el procedimiento de tratarle dentro del medio familiar en que el anormal vive y su estado se desenvuelve.

En este punto, el médico, para pronosticar con acierto y determinar el tratamiento más adecuado al caso, busca ante todo llegar a un acuerdo con el pedagogo, por entender que la psicoterapia no es otra cosa que educación adaptada a un fin curativo o corrector de la anormalidad.

—No creo—dice—que haya manera posible de tratar el caso, sin un cambio previamente hecho, a un medio social más comprensivo. Tratado en régimen de sanatorio campestre donde sea imposible la huída, el alimento resulte sano, haya cariño, no falte el estímulo y se impidan a todo trance las impresiones fuertes, puesto en plan de producción y trabajo para tener que subvenir a sus propias necesidades, las reacciones momentáneas, pero repetidas, llegarían a cristalizar en hábitos y se lograría el aprendizaje de un oficio que permitiría a este desdichado vivir sin ser gravoso a su familia y a la sociedad.

—Entiendo—agrega—que este anormal no puede ni debe disfrutar nunca plenitud de libertad, porque no siendo completamente consciente para cumplir sus deberes, ¿podrá serlo para el ejercicio pleno de sus derechos?

—Los más elementales principios de eugenesia—acabó diciendo el doctor—aconsejan también se impida la procreación a este desdichado para ahorrar a la humanidad una serie inacabable de lacerías y miserias, que seguramente serían su lamentable herencia.

Ante situación tan claramente expuesta, era precisa una resolución. Aquellos padres, angustiados por la desgracia, que hacía aún más sensible la incapacidad económica, a mi volvían los ojos demandando luz y

norte, echando sobre mis hombros la cruz del verdadero calvario que he sufrido para buscar, estérilmente, la asistencia pública que necesitaba *Armejiya*.

Doña Constanza Gamazo de Maura me facilitó relación con los frailes encargados del Correccional de Santa Rita, establecimiento creado y sostenido, si no totalmente, en cuantiosa proporción, por el Estado.

Aquello es una prisión más o menos amplia y confortable, donde se castiga hasta vencer la rebeldía, tal vez creando hábitos de simulación, pero sin llegar, por falta de un concepto claro de las anormalidades que la originan, al tratamiento racional y justo que la ciencia impone.

Dispónese allí de pocas plazas gratuitas para las necesidades, y de ellas hacía reparto el Gobernador, inclinado siempre a la influencia del favoritismo y bastante alejado para darse cuenta de necesidades tan perentorias como las del caso presente.

En los manicomios y asilos de carácter particular y oficial, hallamos la misma defectuosa organización que hacía inadecuado e inasequible el Correccional de Santa Rita.

El doctor Carrillo Guerrero (don Francisco), mi sostenedor y colaborador entusiasta en esta gran lucha de mi vida en pro de los niños pobres que el abandono y la incomprensión convierte en ¡pobres niños!, gestionó como cosa urgente la acogida de *Armejiya* en cualquier establecimiento benéfico, porque en la calle resultaba peligroso.

Los altos jefes del Ministerio de Instrucción Pública, señores Larra, Aguilera y Acuña, que visitaron la escuela y conocieron el caso, recomendaron lo mismo, pero resultó inútil; para tratar anormales como éste, no había establecimiento alguno en España.

Entretanto el muchacho, a quien varias veces hicimos soltar en las comisarías, hecho ya un zagalote, fué acusado, juzgado y absuelto por un juez justo, a la vista de la ficha paidológica que en estas notas extractamos, exhibida en el acto del juicio por el doctor Carrillo Guerrero, actuando de abogado y como jefe de la inspección escolar de Madrid.

Gracias a la intervención del juez, el Gobernador civil ordenó el ingreso del chiquillo en el Asilo de Porta Cœli, del cual, por deficiencias del edificio y su organización, logró escapar en enero del año veinticinco, al mes de ingresar.

La última anotación que dejamos hecha en su ficha dice textualmente así:

"1.º de junio 1927.—El padre y la madre, avergonzados de lo que llaman pillerías de este "golfo", se van a Segovia con toda la familia. Dos veces ha sufrido castigos duros de la Policía, que no sabe ya qué

hacer con él. Cuando llegan a mi noticia esos castigos, cojo el cielo con las manos, explico el caso y me lo echan otra vez a la calle; por cierto que la última vez que esto ha sucedido me aseguran que de seguir así este niño y continuar defendiéndole nosotros, su *curación radical* va a ser pronto un hecho. Ante lo que nos ha parecido terrible amenaza, hemos decidido abandonarle a su suerte."

¿Cuál habrá sido ésta? Corrían los años de Martínez Anido cuando dejamos de tener noticias de este inquieto gorrioncillo del arroyo.

Lo que son nuestras fichas escolares y lo que pueden ser

Tal vez, por los casos presentados, haya alguno entre vosotros movido a curiosidad por conocer lo que son estas fichas individualizadoras, de las que estamos entresacando casos, al objeto de presentar sangrante el tema de las miserias sociales que originan eso que llaman con impropiedad notoria la delincuencia infantil.

Vamos, sin apartarnos de lo que exige el tema de esta conferencia, a tomar en la mano una ficha para conocer otro caso y darnos cuenta de cómo ha sido posible formar un archivo como el nuestro, por si de esta lección saliera el propósito de generalizarlo y basar en normas distintas la administración de la justicia en España.

En la sección titulada "El suceso del día", con fecha 3 de octubre del año 22, *La Voz*, diario madrileño, comentando festivamente la noticia, decía así: "El hombre que se arroja a un patio por huir de la Policía se llama Elías Oquendo Corral, atiende por el delicado apodo de "el Rata" y se dedica al muy digno oficio de sacar dinero a la gente por el vulgarísimo procedimiento de las limosnas, que cada día obtiene mayores triunfos."

Los demás periódicos de la Corte dieron cuenta más o menos sucinta del hecho. Sorprendido "el Rata" en flagrante delito, huye perseguido por el guardia; busca refugio en un portal; sube a saltos las escaleras y, acosado, sin escapatoria, se arroja desde el último piso al patio, en el cual, medio muerto, le recogen y apresan. Los gacetilleros, sin penetrar la intensidad del asunto, hacen sainete de un drama que aún alza gritos de indignación en mi conciencia cuando repaso los antecedentes archivados en el fichero de mis escuelas, mucho más provechoso a la Justicia que aquel otro policíaco adonde el presunto reo fuera a estampar, como eterna prueba de criminalidad, sus huellas dactilares.

Matrices de las fichas

Las fichas del Archivo en aquellas Escuelas de mis amores, instaladas en la huerta y planta baja de San Francisco el Grande, constan de una hoja matriz, sintética, iniciadora de la historia escolar del alumno, y de un conjunto de suplementos colocados junto a ella por orden cronológico hasta finalizar la observación, dentro o fuera del período de escolaridad. Entre estas fichas matrices se halla la correspondiente al sujeto de "autos", Elías Oquendo. Es ésta:

Anverso de la hoja matriz para adultos

338

Alumno... Elías Oquendo Corral .....
Nació en... Madrid (La Latina)... *en* 5 mayo *(¿) 1903 (?)*.....
Edad a su ingreso... 16 años. *Edad psicológica*... 12... años. Binet.....
Clasificación pedagógica... semianalfabeto. *Ingresa*, 2.º *Adultos*.....
Anteceden morales... Dicen que es voluntarioso, pero bueno.....
Aspecto físico... Moreno; talla y peso inferiores a su edad.....
Anormalidades... Tic hemifacial .....
Enfermedades que padeció... sarampión, conjuntivitis, anemia.....
Escolaridad... 3 años... en las escuelas católicas de S. José.....
Ambiente en que se crió... familia obrera pobre.....
Oficio... Aprendiz de zapatero remendón.....
Cuánto gana... *0,50 pesetas ¿diarias?*... no, a jornadas hechas.....
Edad en que salió de la escuela... a los once años.....
¿Cambió de oficio?... Dos veces; fué botones y carpintero.

Reverso de la hoja matriz para adultos

Vive actualmente... en familia con sus padres y hermanos.....
Domicilio... Doña Urraca, n.º 8, bajo, cuarto n.º 4.....
Es hijo... legítimo... *de*... Elías... y *de*... Ambrosia.....
PADRE: *su profesión es*... jornalero... *Edad actual*... 42 *años*.....
Su calificación cultural... letrado... *Aspecto*... pobre y cansado.....
Gana... 4... *ptas. ¿diarias?*... no, a jornada hecha.....
MADRE: *Su profesión*... lavandera y verdulera... *Edad actual*... 40 años.....
Su calificación cultural... semiletrada... *Aspecto*... enfermizo.....
Gana... 2 *ptas. ¿diarias?*... no, cuando puede ser.....
HERMANOS: *Nacieron*... 9... *Viven*... 9... *Son mayores*... una.....
Son menores, siete... *N. de orden que hace entre los hermanos vivos: es el*... segundo... *Detalles sobre los hermanos que ayudan económicamente a la familia*... la hermana mayor, de 18 años, está sirviendo y no gana más que para sí.....
Fecha en que se hacen estas anotaciones el 15 noviembre 1919.

Indices de relación y situación

Los niños me trajeron el periódico para unir el recorte a la ficha. Mientras yo buscaba en el índice alfabético de apellidos la situación de la tarjeta matriz, hablaban alto, a gritos, quitándose unos a otros la palabra, como siempre hablan los niños.

—Ya lo decían ellos. Los Oquendo acabarían mal, muy mal. Eran aplicados al principio, pero se hicieron tan "novilleros", tan sucios, tan holgazanes... El maestro tenía que salir a buscarlos, y ellos se escondían por Las Vistillas, entre los puestos de melones, para robar y jugar al "cané". Siempre entre los golfos, destrozaban la ropa y se llenaban de miseria. Infectados de sarna, no se les permitió entrar en clase.

Algunos me dieron la indicación numérica para buscarlos más rápidamente en el índice de situación por números. El 338 de la matrícula de adultos era el de Elías; los 51, 52 y 54 de niños, eran de sus hermanos, Pablo, Félix y Salvador, de nueve, ocho y trece años, respectivamente.

El medio ambiente

Relacionando entre sí los documentos con los datos, pruebas y antecedentes que integran estas fichas, se generalizó entre nosotros el convencimiento de la irresponsabilidad en la conducta seguida por los Oquendo. Cuantos hechos voy a aportar constan en la historia pedagógica con anterioridad a la ejecución del "delito".

Hasta que los desahuciaron, vivieron en el cuarto número 6 del piso segundo, en la que llaman "Casa del Crimen", que es la 37 de la Ronda de Segovia. Vivían cerca de la Escuela, y la madre cuidaba de que no faltaran. Después se fueron a vivir fuera de Madrid, en término donde las basuras se amontonan, la urbanización no llega y la gente miserable se agrupa, poniendo cerco de mortalidad y delincuencia a la urbe alegre, que arroja al desdichado entre sus detritus. El 6 de diciembre del 19, Ambrosia Corral me escribía lo que, conservando la forma y corrigiendo la ortografía para hacerla inteligible, copio a continuación:

"Después de saludarle me pongo a darle a usted una molestia, lo cual siento mucho, pues hace cinco semanas tengo a mi marido con un brazo hinchado sin poder trabajar. El hijo mayor, que lo ganaba, lo tengo dos semanas en cama con gripe; Salvador, ya sabe usted cómo se encuentra; no para de echar sangre por la boca; así es que como yo

no me puedo alejar de la casa, la miseria va a acabar con todos. Como no cabemos en la casa, los niños andan de día y de noche por las calles. Sólo vienen a comer y yo no tengo qué darles. Espero que usted me sacará de este apuro, buscándonos algún socorro, que no tengo hoy que dar a mis enfermos y a mis hijos."

El padre franciscano que los visitó, a instancias mías, y la benditísima doña Julia de Lampérez, que guisó para los enfermos sus ya famosos cocidos y cortó en pedazos las alfombras de su casa para poner cobertores en las camas de aquellos desventurados, pueden dar fe de toda la verdad contenida en los conceptos de la carta.

Socorrer no es remediar

El doctor Decref, de quien conservamos un volante, no logró hallar sanatorio ni hospital que tratar quisiera gratuitamente al niño tuberculoso. En el Patronato de Enfermos concedieron diariamente un litro de leche, pero había que ir a buscarlo a la calle de Santa Engracia desde el Puente de Segovia. Los niños se encargaron también de recoger en latas o pucheros las raciones de comida que las autoridades mandaron dar en el Gobierno civil y en los comedores Montero, establecidos en el Pacífico, con lo cual estos muchachos se pasaron los días formando cola entre los vagabundos y mendigos, sin poder asistir a la Escuela, haciendo vida errabunda y desordenada, que los desligó de la ya débil y quebrantada tutela paternal.

Daba por entonces vida y aliento a nuestra obra escolar fray Lucio M. Núñez, quien en contacto con tanta pobreza y abandono sintió conturbado su corazón de apóstol. El caso de los Oquendo no era, desdichadamente, singular entre los niños y adultos que componían la matrícula del establecimiento. Aquel religioso, cuya ejemplaridad era singular entre los de su Orden, no se dió punto de descanso hasta que hizo venir al señor García Molinas, con otros aristócratas, para que comprobaran por sí mismos la gravedad de la situación creada en derredor nuestro por aquellos terribles años de guerra mundial, que a tantos enriquecieron a costa de la vida y de la salud del pueblo. La necesidad era evidente y exigía pronto remedio. Aquellas criaturitas depauperadas y famélicas no podían "esperar".

Se habló de crear en las dependencias de la Capilla una cantina para socorrer a los niños necesitados de todas las Escuelas del barrio, para quitarlos de aquel ir y venir de la Ceca a la Meca en busca de la pitanza, para impedir que formaran cola mezclados con los "golfos" y

hampones de toda laya, para brindarles un jardín donde jugar libremente en las horas no lectivas de las Escuelas. ¡Hermosa idea, elevado pensamiento que aun no ha salido de la categoría de ensueño y *que pudo ser la salvación* de los Oquendo, de los Cabrejas y de tantos otros que ahora afluyen a los puntos de la llorosa pluma!

El maestro observa, historia y comenta para lograr la individualización

Para completar y ratificar o rectificar los datos contenidos en la hoja matriz se formulan por cada maestro los suplementos a que antes aludiamos. Cartas, recortes de periódicos, fotografías, resultados de exámenes pedagógicos o psicológicos, cuanto puede contribuir a formar la idea de la persona de un alumno se incluye en los suplementos, enriqueciendo el archivo al completar el estudio en detalle de cada uno de los matriculados.

La maestra de párvulos, Enriqueta Jiménez, recuerda en estas hojas suplementarias, que entre los dos mil ochocientos y más que esperaban turno de ingreso por vacante—pues en aquel distrito carecían de escolaridad por falta de escuelas muchos millares de niños—, había otros Oquendo Corral, hermanos de éstos, uno de los cuales, pequeñito, muerto de anemia hacía poco más de una semana, había sido enterrado de limosna.

Laura Peñuelas, profesora de Félix, que con este niño compartió muchos días su pan, refiere en la historia correspondiente una conversación con la madre afligida: No se lamentaba ella de aquel vivir insufrible para el cual no había remedio definitivo más que en la muerte. Haciale llorar el despego de su esposo, antes tan cariñoso y tan bueno; su estar las horas muertas en la taberna, buscando en la embriaguez ahogo a las penas, avergonzado a ratos porque su prole tuviera que sostenerse mendigando; irritado, desesperado siempre porque el jornal y las propinas que se buscaba ayudando a los carreteros de Puerta de Moros, no alcanzara a llenar los estómagos y a cubrir las carnes de los suyos. La hija mayor, ¡ay!, también se "torcía"; sirviendo fuera de su lado, ni aun permitían que fueran a verla. Cubramos con piadoso velo la enumeración de nuevos "antecedentes familiares".

Los "golfos" extrasociales

He aquí un muchacho que va a ser juzgado y condenado como un reo de un delito contra la propiedad y que en buena lógica no es sino una víctima más de eso que podría calificarse "delincuencia social de los estados que no garantizan el derecho a la vida de los que nacen, a pesar de haber transcurrido una veintena de siglos de civilización cristiana".

Publicada en 1916 una interesantísima tesis doctoral sobre el estudio médicosocial del niño "golfo", nos hallamos frente a un caso que parecía oponer una contradicción a sus conclusiones. Los Oquendo Corral, sin encontrarse propiamente huídos de su casa, no podían ya ser calificados de vagos ni de pordioseros; entraban en la categoría de "golfos"; pero de ningún modo se podría afirmar que lo eran por inadaptación al medio social en que se veían colocados. La calificación de extrasociales, ¿podía aplicárseles?

No habían llegado a la "golfemia" por inducción ni por abandono de sus padres, ni siquiera por explotación por parte de éstos. *La necesidad y el no encontrar la Escuela preparada a suplir las deficiencias del hogar*, los empujaba a esta vida. ¿Cómo el mayor de ellos había llegado a la delincuencia con su derivación al frustrado homicidio? Preciso era buscar en las hojas suplementarias de las fichas, si razones de anormalidad, congénita o adquirida, aclaraban el misterio.

Antecedentes personales

En la *hoja suplementaria* número 2 de la ficha 338, figura la siguiente anotación que el profesor del grado segundo de adultos, Higinio V. Herpers, hace en 19 de noviembre de 1919:

"No entiendo cómo este muchacho viene calificado de retrasado mental en cuatro años, cuando en la conversación se revela con una madurez de juicio que no es frecuente en los otros alumnos de esta clase, algunos de los cuales pasan ya de los veinte años". Me espera a la salida de la Escuela, me acompaña por la calle y me dice, sobre poco más o menos, "que para aprender a leer no viene a la Escuela, pues él aprendió solo mirando los letreros luminosos de la Puerta del Sol, cuando nada habían logrado meterle en la cabeza varios años de cartilla y palmeta. Que para aprender a escribir bastará con que le pongan muestras en un papel y le facilite lápiz. Que únicamente necesita aprender el "intríngulis" de los números, en lo que sin maestro tiene la persuasión de no lograr progresos". "Habla de prisa, sin dejarse objetar, en tono elevado y agitando las manos extraordinariamente. Aparta la mirada de la persona a quien habla".

Observación reveladora

Matrícula 338.
Suplemento 3.°
Fecha: 21 noviembre 1919. } ..... Anotación del Director.

"La indicación anterior denota la falta de precisión al determinar por los "tests Binet" la edad psicológica de Elías; hubiéramos aplicado las series de S. de Sanctis o la otra que aconseja Decroly, y el resultado probablemente habría sido el mismo, dada la variable atención de este jovenzuelo y la inestabilidad de su carácter. Es frecuente, además, notar en estos jóvenes que la necesidad hizo hombres cuando debían ser niños, aspectos psicológicos en que la precocidad es bien notoria y zonas de la inteligencia y de la sensibilidad interna especialmente en que el retardo es manifiesto."

"El análisis de los documentos que determinaron la edad psicológica acusa un déficit notable en la recordación de cifras y una gran debilidad de atención o de carácter para resistir a las sugestiones de líneas. Ensayada después su atención por las pruebas de Reich, el resultado es negativo, cuando falta una recompensa inmediata; y ante ésta, franquea las pruebas. Explorado en la salida de laberintos, se aturde y fracasa en los más sencillos."

"No distingue bien los colores por sus nombres, siendo de notar la confusión en que repetidamente cae al nombrar el rojo, el violeta y el azul. Los tonos amarillos los ve y los llama verdes, y los verdes le parecen azules. La vista le engaña frecuentemente, pero el oído le guía y le salva de muchos errores. De comer y fumar suciedades tiene estragado el sentido del gusto hasta no distinguir el vinagre del vino. En el olfato, la sensibilidad es bastante menor que la normal, y en cuanto a sensibilidad táctil el estesiómetro determina grandes deficiencias con relación a la normalidad."

"Es subbraquicéfalo, con asimetrías faciales poco notables; moreno pálido con manchas blancuzcas en el rostro y en las extremidades. Su índice vital es algo escaso, como asimismo su estatura con relación a la edad. El peso guarda relación con la estatura, según la tabla de Rubinsky. Tiene menos pulsaciones que las ordinarias, y éstas notablemente desiguales en intensidad."

"Considero preciso conocer el dictamen médico y espero que, de acuerdo con el clínico, se podrá aplicar una terapéutica adecuada."

Calificación de anormalidad

23 noviembre 1919.—Continúa la observación del Director:

"Llamada por el doctor Castellanos, declara la madre que Elías nunca tuvo el sueño tranquilo y que es muy propenso a oclusiones intestinales que se reflejan en fenómenos cerebrales y fiebre. Sufre pesadillas y a veces se levanta y grita durante el sueño. En ocasiones, y muy de tarde en tarde, parece que sueña despierto y aprieta mucho los puños, "castañetea" los dientes y luego se queda ensimismado sin decir ni una palabra. Esto ocurre cuando algo le preocupa extraordinariamente."

"Padece ahora una obsesión. Los guardias le persiguen en sueños, desde que, detenido cuando las "colas del pan", fué arrestado y golpeado en una Comisaría. Con frecuencia tiene sueños sensuales, lo cual confiesa él con arreboles de pudor en el rostro. Es onanista y no ha tenido contacto sexual con mujer."

El médico no diagnostica; apunta sus dudas entre la definición completa de un síndrome de Gauser o el psicopático de Kreppelin. Cree también que la "endocrinia" juega un papel bien manifiesto en las alteraciones observadas, y que es preciso someter a este enfermo a un tratamiento de reposo espiritual y físico, en el cual haya limpieza y alimentación sana y regularmente administrada. En cuanto a la medicación, juzga conveniente emplear algunos inyectables a base de jugos de secreción interna y acaso el bromuro. Le preguntamos si este enfermo es hospitalizable y contesta negativamente, tenida en cuenta la imperfección de nuestro sistema benéfico-hospitalario; pero afirma que de no ponerse en cura, lo será pronto y acaso con daños irreparables."

¡Esto se anotaba en las hojas suplementarias de la matrícula de Elías con fecha 23 de noviembre de aquel año de guerras y hambre, 1919! Elías, carente de constancia y falto de fuerza de voluntad para seguir el plan que para su propia instrucción se había trazado, concurrió poco a la Escuela y sin notable aprovechamiento. Se le dió de baja, por falta de asistencia, el 18 de enero del año siguiente.

Contextura moral.—Elías, "ratero".—Responsable, ¿quién?

Realmente, yo no he hallado, ni aun buscando en el compendioso libro de Lafora, que tanto condensa, ni en otros notables libros de mi biblioteca, el baremo que precise la diferencia entre lo absolutamente moral, amoral e inmoral; pero ciertamente vacilo más que nunca en la

aplicación de cualquiera de estos términos, cuando leída la anotación que sigue, me encuentro con el vocablo *afanar*, que la maestra Ana Valdés, mi discípula un día, mi esposa y entusiasta colaboradora hoy, toma de la jerga chulesca en que los chiquillos de estos barrios se expresan.

"Cuando empezaron las clases de enero de este año—dice en octubre del 19—era Félix un angelillo. Daba pena verle muerto de frío, sin más ropa que unos pantalones de telilla y una camisa hecha jirones. Siempre venía descalzo, con los pies amoratados, Fulgía la satisfacción en su rostro cuando llegaba a la Escuela y le permitía sentarse junto al brasero.

"Un día el pobrecillo lloraba porque se había herido con un cristal. Le curé como pude; tenía la herida infectada e hinchado el pie. Los otros niños se compadecieron de él, y Gumersindo del Valle le trajo al día siguiente unos zapatos viejos de su madre. Le estaban muy grandes y además tenían altos y torcidos los tacones; ¡pero gustaron tanto a Félix...! En toda la mañana no hizo otra cosa que arreglarles los cordones y meterles papel para adaptarlos a sus pies; luego los lustró con su misma ropa y se miró en ellos como en un espejo. Tan sucios llevaba los pies, que no quiso calzarse hasta lavarlos y buscar por casa unos calcetines, y a fe que mejor hubiera sido no hacerlo así, porque esto le acarreó un verdadero disgusto. Llevábalos colgados al brazo por los cordones y en las manos una lata con sobras de comida cogidas en la puerta del cuartel, cuando cerca ya de su casa pudo notar que había perdido uno.

"En vano lloró y buscó el pobre chiquillo, y menos mal que Dios acude en socorro y consuelo de los afligidos. Aquella vez lo hizo por mano de una vecina, que le completó el par con una bota vieja de hombre: la cuenta, para el pie lastimado, que no podía sufrir el tacón alto. Así vino a la Escuela el resto del invierno, hasta que su hermano Elías le *afanó*, según el mismo niño dijo, unas sandalias con piso de goma."

Dejemos a la profesora referir cómo se porta Félix, hasta que por sarnoso no puede admitirle en clase. Lo que importa es decidir si aquel *afanar* del hermano mayor resulta en este caso moral, amoral o inmoral; saber si en *afanar* existe delito y si el delito es el delito de todos o el de un pobre muchacho que reacciona contra la injusticia social; que sólo particularizando podremos llegar a saber lo que de cierto hay en eso que se ha dado en llamar delincuencia infantil.

COLOFON

No quiero cansaros más.

Bien estudiado, cada niño es un caso y cada caso una prueba de la injusticia social sistematizada y hecha régimen.

El maestro, que al empezar este fichero comenzó siendo hombre creyente y de comunión diaria, al conocer la vida en sus casos y las instituciones en sus cosas, perdió la fe que le impedía pensar y actúa hoy con sus ideales puestos en lo humano. Se ve eterno e inmortal, no en el individuo, sino en la especie, por cuya mejora lucha lleno de amor hacia el niño, en quien pone todas sus esperanzas.

Su pedagogía ha cambiado de fundamentos. No busca el triunfo de su obra más allá de donde llegar pueden las posibilidades y el conocimiento humano. Educa para vivir, no para morir, y al educar procura que los hombres del mañana no sean al gusto e idea de los de hoy, mucho menos al gusto e idea de los de ayer.

A la República debe el poder actuar con desembarazo, que ya la Escuela empieza a ser libre, por ser laica, y pronto habrá de ser libertadora, por ser única.

Pero la República no es un fin. El fin de lo humano está en el más amplio concepto de humanidad, ideal pedagógico y social, ideal supremo de la Eugénica.